

# FRAGA: ENTRE EL CAMBIO Y EL REMIENDO

**S**i repasamos la lista de entrevistas públicas fraguianas durante su estancia en Cataluña, o la lista de comensales que han secundado el riguroso régimen dietético a que se sometió en su día el famoso ex ministro, podríamos llegar a decir que Fraga ha logrado un «consensus» aparente de fuerzas vivas y muertas como ningún otro político español conservador pueda hoy llevarse del pasado fantasmal al futuro de carne y hueso. Gentes que tuvieron cargo, que lo tienen, que quieren tenerlo; gentes que ayer encendían una vela a Blas Piñar, hoy, a Fraga, y mañana, al diluvio; financieros que arrendaron la cosa política en el año 1939, y hoy se preocupan por la herencia del arriendo; militares con algo más que mando en plaza, es decir, con mucho mando; jóvenes burgueses demócratas de nuevo cuño. Todos parecían buscar en Fraga Iribarne la respuesta providencial a sus demandas de un hombre fuerte y civil, que garantice un cambio que poco cambia, una democracia presentable al Consejo de Europa y un orden social que satisfaga a todos los que de Goethe sólo recuerdan su siniestra frase: «Prefiero la injusticia que el desorden».

Ante la ambigüedad de su clientela, Fraga ha optado tradicionalmente por la ambigüedad expresiva. Fraga es un hábil componedor de discursos políticos. Habla de prisa, y hablando de prisa se produce el efecto acústico de que la épica y la lírica no son ni épica ni lírica. Pero si uno lee los discursos de Fraga, el efecto acústico desaparece, y se ven la épica y la lírica. Fraga no sabe qué decir para satisfacer tantos oídos interesados y diferentes, y se ha refugiado en una mística del centro que lo quiere decir todo y no quiere decir nada. Hoy es uno de los pocos políticos españoles que tiene infraestructura política en abundantes provincias: Una especie de Consejo Privado del embajador en Londres funciona eficazmente en distintas capitales, y de ese llamémosle Consejo Privado salió la iniciativa del relanzamiento del producto político Fraga Iribarne en Cataluña, tierra de abades y fabricantes.

Esa campaña de lanzamiento ha sido un «test». ¿Qué receptibilidad tiene en el mercado político el señor Fraga Iribarne? La respuesta no ha podido ser más clamorosa. Tal vez, excesivamente clamorosa. Tanto, que Fraga y su gente, a estas alturas, estarán sorprendidos no sólo de la cantidad de clamor, sino de lo que quería decir ese clamor. Hay miedo, esperanza, de-

seo, una profunda, profundísima aspiración de cambio, que hasta ha conseguido desbordar el cordón protector de «personalidades» que trataban de monopolizar la imagen de un Fraga providencial y prometido, algo así como un canciller de hierro. Las gentes de orden saben que de todos los políticos españoles que juegan al cambio, Fraga es el que ha prometido cambiar menos cosas, y además es el más duro. Nada hay tan triste como el espectáculo de estas gentes de orden de nuestro país, acostumbradas al patriarcalismo y que van de padre a padre como cachorritos desvalidos, que desconfían de la capacidad de una sociedad para autocontrolarse a partir de instrumentos de poder que suban desde el pueblo hacia arriba, y no al revés.

¿Papá Fraga tiene el talismán

que aplauda las condenas de Fraga a la izquierda, tal vez porque los originales adjetivos que Fraga aplicó a la izquierda nadie sabía para qué izquierda iba, habida cuenta que la izquierda española es una gama variadísima que va de Cantarero del Castillo a Álvarez del Vayo, pasando por el dialogante Santiago Carrillo. El público, o la mayoría del público de la cena y del discurso de Fraga sabe que no habrá solución política democrática estable si la izquierda no entra dentro de reglas que le permitan desarrollar su juego, y que esa abstracción o generalización «izquierda» no empieza y termina en un nombre y apellidos. La «izquierda» es el conjunto de fuerzas políticas que representan a fuerzas sociales cuantitativamente mayoritarias y cualitativamente determinantes. Como

## M. Vázquez Montalbán

que garantice el que algo cambie para que nada cambie? Uno cree que no, y que Fraga es lo suficientemente inteligente como para no aceptar el pobre papel de capataz de las oligarquías del país. Entre otras cosas, porque sería una empresa mañana condenada al fracaso. En Cataluña, Fraga ha podido darse cuenta de que por detrás o por debajo de esas oligarquías alarmadas hay una ancha zona de capas sociales no resueltas todavía políticamente, pero ya con presencia, de las que ha de salir la fuerza política de una burguesía democrática. Un país, bajo condiciones de excepcional poder político, puede aplazar la mecánica de la relación entre fuerzas sociales y fuerzas políticas, pero en cuanto he deteriora esa situación de excepción, la relación se restablece. La burguesía española necesita fuerzas políticas, precisamente porque el proletariado ya las tiene, y si Fraga quiere asegurarse la dirección de esas fuerzas políticas democrático-burguesas, ha de asumir la lección que recibió en Barcelona: no se le pide que remiende, se le pide que cambie.

### Metalinguaje

Por encima o por debajo de lo que Fraga dijo o no dijo, hizo o no hizo, circuló otro lenguaje. En el transcurso de su propio discurso, Fraga pudo darse cuenta de que un público solvente económicamente aplaudía a rabiar cuando sonó el nombre de Pío Cabanillas y cuando condenó a la extrema derecha. Pero ese mismo público sol-

experto en Ciencia Política, Fraga sabe que las cosas van así, y que la mixtificación de estas leyes sólo puede perpetuarse bajo la excepción, no bajo la regla. Fraga no puede caer en el recurso de la ceremonia de la confusión, en la que las palabras talismán tratan de sustituir la dinámica de los hechos. ¿O sí puede?

La cobardía histórica de los prebendarios de la derecha democrática española es uno de los graves males que pesan sobre nuestro país desde hace veinte años. Ni han jugado ni han dejado jugar. Fraga tiene más arrestos, es indudable. Llegó a declarar en Barcelona que él es un animal político, y que, en muchas ocasiones, es más animal que político. Pero este cuento de la historia dirigida por «animales políticos» se fue a la tumba con Winston Churchill. Los líderes son hoy lógicas sublimaciones de aparatos políticos, a su vez sublimados de fuerzas sociales, y al líder se le respeta o se le destrona en función de su adecuación a esa representatividad. Según mis informaciones, gran parte de los fraguistas potenciales le pidieron a don Manuel que clarifique más su postura y que la concierte aceleradamente con las aspiraciones de esa base de burguesía democrática que está aflorando por todas partes. O Fraga acepta esto, o corre el riesgo de que su futuro político se limite a una azarosa instrumentalización en manos de grupos de presión «peculiare», «excepcionalizadores», etcétera, etcétera.

Otra de las sorpresas que sin duda Fraga se ha llevado en Cataluña le habrá llegado por boca de personalidades esencial y existencialmente catalanas, que le habrán comunicado que la crisis del centralismo está tocando fondo. Según parece, el abad de Montserrat habló a Fraga con una claridad energética, con una claridad presumiblemente fraguiana. Don Manuel ha ido de sobresalto en sobresalto, porque ha ido de verdad en verdad aplazada. Que hoy sobreviva el problema político de cómo legalizar la izquierda o de cómo encontrar un nuevo «consensus» entre el centro y la periferia, no quiere decir que se hayan abierto las tumbas y los vencidos en la guerra civil se dispongan a un ajuste de cuentas. Esta es una explicación o pueril o clínica. España necesita racionalizar la competitividad y el conflicto entre clases sociales perfectamente delimitadas en todo el mundo industrial desde mediados del siglo XIX, y España necesita resolver su crisis de Estado imperial, abierta en 1898 y hoy simplemente silenciada.

Las ventajas que tiene un político conservador, pero democrático, actuante en 1974, sobre un político del mismo cuño, actuante en el año 1920 ó 1930, se derivan precisamente de la apoyatura política que puede encontrar en sectores y clases sociales, interesadas subjetiva y objetivamente en la resolución racional de los problemas del país. En este sentido, debutar en Cataluña es una buena piedra de toque, y repito el valor del «test» que los propios partidarios de Fraga atribuían a la experiencia.

Sinceramente, creo que Fraga ha defraudado un tanto a la burguesía democrática catalana, lo que no quiere decir que le hayan retirado el crédito, a pesar de los suspicaces tiempos que corren. Incondicional, incondicional, sólo le ha quedado el típico capitalista especulativo, que ha hecho su fortuna a base de dar palmadas en la espalda al Poder y que ha visto en la ancha espalda de Fraga Iribarne la inversión del futuro. A poco que se arreglen las cosas, este tipo de «chorizos» con chistera tienen menos porvenir que el Negus.

Un hombre que supo adelgazar a tiempo, que ha sabido reducir el número de exabruptos «per cápita» a una proporción moderada, que ha sabido dejar de ser síntesis de monje y soldado para ser síntesis de embajador y soldado, está en condiciones de asimilar la experiencia de que hasta en España la Ciencia Política adelanta que es una barbaridad. ■